



Hecho museal y representación del pasado. La experiencia peruana y ecuatoriana en la Exposición Histórico-Americana de Madrid de 1892

Museal Fact and Representation of the Past:
The Peruvian and Ecuadorian Experience
in the Historical American Exhibition at Madrid in 1892

MARÍA ELENA BEDOYA HIDALGO

Universidad San Francisco de Quito (USFQ), Ecuador

malenabedoya@yahoo.com

ORCID iD: <http://orcid.org/0000-0002-9421-9438>

| Abstract: This article analyses the staging of the national showcases of Peru and Ecuador during the *Exposición Histórico-Americana* in Madrid in 1892. Our interest is to explore the ways in which the past was represented through the combination of the pre-Columbian objects and the museographical displays that told the story of the Spanish conquest and colonization. Through the analysis of devices such as Lorenzo Roselló's sculpture set, a representation made for the Peruvian delegation, or the wooden sculpture of the "wild" Indian and a historical model of the Ecuadorian delegation's monument, we reveal the ways in which the artifacts of the past were used in the construction of a pan-Hispanic, masculine and colonial gaze that shaped a sense of the past of historical subjects, as well as their absences. In short, this proposal attempts to delineate a view of these phenomena in the Andean region and to investigate the historical density of these exhibition experiences in the construction of national stories in a transatlantic key.

Keywords: Ecuador; Peru; Exposition of 1892; Antiquities; Sculpture; Conquest.

| Resumen: Este artículo analiza la puesta en escena de los escaparates nacionales de Perú y Ecuador durante la Exposición Histórico-Americana de Madrid de 1892. Nuestro interés es

explorar las maneras en que se representó el pasado a través de la combinación de los objetos precolombinos y los despliegues museográficos que relataron el discurso de la conquista y colonización española. Mediante el análisis de dispositivos como el conjunto escultórico de Lorenzo Roselló, representación realizada para la delegación peruana, o la escultura de madera del indígena “salvaje” y una maqueta histórica del monumento de la delegación ecuatoriana, develamos las formas en que los artefactos del pasado fueron utilizados en la construcción de una mirada panhispanista, masculina y colonial que configuró un sentido del pasado de los sujetos históricos, así como de sus ausencias. En suma, esta propuesta intenta condensar una mirada sobre estos fenómenos en la región andina e indagar la densidad histórica de estas experiencias expositivas en la construcción de relatos nacionales en clave transatlántica. **Palabras clave:** Ecuador; Perú; Exposición de 1892; Antigüedades; Escultura; Conquista.

INTRODUCCIÓN

La historia, como la de los seres todos de la creación, comienza en principio, y enlazada en inmensa cadena une los hombres, los pueblos y los tiempos. (*Catálogo General de la Exposición Histórico-Americana 1893*, VII).

La Exposición Histórico-Americana de Madrid surgió a partir del Decreto Real del 28 de febrero de 1888, el cual especificó su cualidad de “índole histórica” al conmemorarse los cuatrocientos años del “descubrimiento” de América por Cristóbal Colón. En el decreto se señalaba la necesidad de agrupar a los pueblos hispanohablantes como un todo para “resistir las atracciones del Norte, y satisfacer sus aspiraciones de aproximación y enlace con la cuna de su cultura y origen de su civilización” (Ramírez 2009, 286). Esa cuna se justificaba por el pasado compartido; tanto es así que, en el catálogo de la muestra, se concebía este espacio expositivo como una gran obra escrita de la historia de América. En este escenario, la “disposición y arreglo” de lo expuesto deberían ser “los monumentos y los objetos”, los cuales sustituirían a “las páginas del libro” (*Catálogo General de la Exposición 1893*, VI). Así, la exposición se convertía en la puesta en escena de la historia en sí misma, donde los objetos cobraban valor de acuerdo al sentido del pasado que se construyera alrededor del acto conmemorativo.

A finales del siglo XIX, la conmemoración de los cuatrocientos años del “descubrimiento” de América cobró relevancia como fenómeno histórico en el panorama internacional y fue celebrada en Estados Unidos, Italia y España.¹ La figura de una fiesta universal que solemnizara la llegada de Cristóbal Colón a estos territorios fue una estrategia político-cultural, en la cual podemos observar un variopinto escenario de discursos y tácticas de sus participantes frente al acto celebrativo. Cabe destacar

¹ Nos referimos a la Exposición Universal de Chicago de 1893, que estaba mucho más enfocada en la riqueza económica de las naciones y los adelantos tecnológicos. En Italia se interesaron en los festejos a través de la conmemoración de la figura de Cristóbal Colón como genovés; por ello, organizaron la Exposición Italo-Americana en ese mismo año, de un carácter menos pomposo y difundido que las otras celebraciones.

que alrededor del tema de las exposiciones universales y la participación latinoamericana se han escrito varios trabajos (Schuster 2018; Rodrigo 2017; Muñoz 2013, 2012; Ramírez 2009; Andermann y González Stephan 2006; Quiñones 2007; Tenorio Trillo 1998; López Ocón 2002; Muratorio 1994) en donde se hace un recuento de su incidencia como escaparates de representación del mundo, del libre comercio, de la tecnología y de la industrialización mundial.

En nuestro caso, nos enfocaremos en la exposición de Madrid de 1892 por su carácter netamente histórico, y analizaremos dos conjuntos escultóricos presentes en dos escaparates nacionales: (i) el conjunto escultórico Roselló, perteneciente a la legación peruana, y (ii) la escultura central de un indígena con la réplica de un monumento arqueológico en el caso ecuatoriano. Ambos objetos museográficos representan sujetos y situaciones que pertenecen a la nación en una instancia pasada y presente, sea en una línea temporal que explica un vínculo histórico o en su capacidad de relatar un imaginario de lo exótico. Si bien existieron en toda la exposición varios ensayos de representación humana, desde navegantes en Suecia o Estados Unidos, pasando por indígenas y conquistadores de México, entre otros, hemos decidido volcar nuestra mirada hacia la centralidad que recibieron estos conjuntos escultóricos en el diseño museográfico del *escaparate nacional* de ambos países.² Debemos recordar –como lo menciona Rebecca Earle– que estas exposiciones, además de ser eventos de atracción comercial o de promoción de inmigraciones, servían también como “performances del nacionalismo”, es decir, cada país participaba para mostrar su “posición entre otras naciones” y por supuesto, incluían “áreas dedicadas a la historia nacional” (Earle 2007, 147).

Cuando hablamos de un “hecho museal” no lo pensamos desde la noción de museo-institución en el estricto sentido de la palabra, sino del *hecho* desplegado en un dispositivo museográfico que se convierte en una herramienta de memoria y de conmemoración que busca construir referentes colectivos y a la vez transatlánticos. En este sentido, consideramos que estas esculturas operan como semióforos en tanto que sustituyen algo invisible, lo muestran, lo indican, lo recuerdan o conservan en su huella. En otras palabras, convierten a estos objetos en *hechos* que necesitan ser mirados en detalle como signos de época, e imponen a sus destinatarios “la actitud de espectadores” (Pomiam 2010, 16). Esta “fantasía historiadora” no solo hizo posible dar nueva vida a los vestigios del pasado, también logró que los objetos museográficos asociados a él pudieran explicarlo a manera de simulacro o “efecto de presencia” (Morales 2010, 47 y 32).

La Exposición de Madrid logró compilar –como se menciona en su catálogo– un buen número de “riquezas americanas auténticas y originales”, estimadas en un número de doscientos mil objetos. El interés de generar este acervo expositivo estuvo

² No trabajaremos el caso mexicano puesto que la composición de su escaparate tuvo una fuerte presencia de “lo monumental indígena”, de hecho, las esculturas realizadas para esta exposición acompañaban a la réplica del calendario azteca y otros objetos de gran relieve. Véase Tenorio-Trillo (1998). Otras delegaciones no entran en nuestro rango de estudio para este artículo en particular, sin embargo, queda abierta la posibilidad de estudio de todos los tipos de representación humana presentes en la exposición.

enfocado en coleccionar “el mayor número posible de riquezas arqueológicas, antropológicas y, en general, etnográficas, de las generaciones americanas precolombinas y contemporáneas de la conquista” (*Cuarto Centenario* 1892, 2-3). Entre las naciones participantes se encontraban Alemania, Argentina, Bolivia, Colombia, Costa Rica, Dinamarca, República Dominicana, Ecuador, Estados Unidos, Guatemala, México, Nicaragua, Noruega, Perú, Portugal, Suecia, Uruguay y España junto a sus últimas posesiones de ultramar (Rodrigo 2018, 63). Paralelo a la exposición se organizó el Congreso de Americanistas en Palos de la Frontera, el mismo lugar del que salió Colón cuatrocientos años antes. El evento, según los registros, convocó exitosamente a cientos de intelectuales de ambos continentes.

El objetivo de esta exposición histórica era exaltar la labor de Colón y la conquista. De hecho, en la reunión de americanistas organizada el mismo año, se ponderaba el lugar del “descubridor” de América. La grandeza de su hazaña era, como se señala en las *Actas del Congreso*, haber concebido que aquel “Nuevo Mundo le pertenecía, desde antes de verlo por sus ojos; ¡que por eso pedía precio y pactaba sobre él á modo de caudal que llevaba en su persona!” (*Congreso Internacional de Americanistas* 1894, 29). En los discursos de la época esto se veía como una conjunción entre pensamiento y acción, así como de lo intelectual con lo material. El panhispanismo, en boga durante el tránsito del siglo XIX al XX, tenía entre sus “componentes conceptuales” un fuerte contenido de nacionalismo español, traducido en la reivindicación del pasado colonial y la defensa de la religión católica.³ A partir de estos presupuestos, América era un “objetivo de definición nacionalista” que operaba como “un recuerdo de grandeza pretérita, un espejo de su propia identidad” (Sepúlveda 2005, 103). Dicho de otro modo, América existía en tanto aceptaba y celebraba esta condición colonial como una prolongación de la obra misma de España.

El 6 de noviembre de 1891, la Legación de Perú en España envió una comunicación al Ministerio de Relaciones Exteriores de Lima, en donde le informaba sobre los preparativos de la Exposición Histórico-Americana de Madrid que se realizaría en 1892. En dicha carta se recalca el interés del gobierno español en que aquella nación enviara “todo aquello que, manifestando el grado de civilización incaica, haya en el Perú, tanto perteneciente al Estado, como en poder de particulares”.⁴ Ese mismo año, en Ecuador, se reunió la Junta Central para la participación del país en el evento. Así, el 14 de marzo de 1891, se designó como encargado oficial de la junta a Leónidas Pallares Arteta, ministro del Interior y de Relaciones Exteriores en aquel entonces, quien mandó publicar en diversos diarios la llamada a coleccionar objetos incásicos para esta exposición (*Estatutos y programa para la Exposición Nacional* 1891).

³ Existen varias denominaciones alrededor del hispanismo. Nos hemos adherido a la noción de “pan-hispánico” vinculada más a las proyecciones del nacionalismo español de finales del siglo XIX. Existen otras concepciones como hispanoamericanismo, hispanidad, hispanismo, entre otras, que corresponden a distintas épocas y proyectos sociales, culturales y políticos. Véase Sepúlveda (2005, 91-97).

⁴ Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores (AMRREE), Lima, Caja 360, Carpeta 2, Código 5-13, Oficio 21, Madrid, 6 de noviembre de 1891.

Basándonos en ese contexto, nuestra hipótesis postula que estos “hechos museales” responden a las maneras en que se piensan las distintas poblaciones, ya sea desde el aspecto racial o de género, al tiempo que promueven imaginarios históricos articulados al panhispanismo como una política de memoria oficial nacionalista y transatlántica. Desde dicho enfoque de trabajo, este artículo está organizado en dos grandes apartados. En primer lugar, haremos un análisis del conjunto escultórico Roselló junto a su representación de la conquista, e indagaremos en las formas en que se erige un discurso del pasado a través de estas estrategias. En segundo lugar, hurgaremos en la representación escultórica del indígena decorativo de la delegación ecuatoriana, eje central del escaparate de aquel país. Finalmente, presentaremos algunas consideraciones finales que creemos importantes para poder abrir el debate en torno a esta construcción panhispanista, masculina, racial y colonial del pasado representado en dicha exposición.

LA PROPUESTA PERUANA DEL CONJUNTO ESCULTÓRICO ROSELLÓ

La participación peruana en los eventos relativos a la conmemoración madrileña de 1892 fue bastante limitada por causa de la situación crítica que siguió a la Guerra del Pacífico. Durante estos años, de la mano del entonces presidente, el militar Andrés Avelino Cáceres (1886-1890; 1894-1895) y del también militar y sucesor de Cáceres, Remigio Morales (1890-1894), surgió un programa de reconstrucción nacional que preveía el mejoramiento y desarrollo económico del país frente a la debacle sufrida tras el enfrentamiento bélico. En el gobierno de Morales, se apoyaron de manera tangencial las iniciativas vinculadas a la World’s Columbian Exposition de Chicago (1893). Por su parte, la adscripción al evento de Madrid de 1892 contó con mayor respaldo bajo el argumento de que la participación se acomodaba a las “aflictivas circunstancias del Erario nacional”.⁵ Así, en el Perú, los homenajes de conmemoración de 1892 se llevaron a cabo con la declaratoria de “fiesta nacional”, que fue acompañada con un sinnúmero de festejos en la capital limeña apoyados por la recién creada Sociedad Geográfica de Lima (*Fiestas cívicas* 1892).⁶

Uno de los organizadores, Carlos M. Elías, remitió al ministro de Estado el 1 de agosto de 1892, una comunicación en donde advertía que la exhibición peruana en Madrid debía estar ceñida al presupuesto disponible. Pese a esta limitación, Elías en-

⁵ AMRREE, Lima, Ministerio de Gobierno, Policía y Obras Públicas. De Carlos M. Elías al ministro de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores, Caja 369, Carpeta 9, Código 2-0, 1 de agosto de 1892, f. 84.

⁶ La Sociedad Geográfica de Lima, creada por el presidente Cáceres el 22 de febrero de 1888 y motor del pensamiento científico de la época en el Perú, participó en el evento de Madrid y sugirió una intervención importante de académicos vinculados con ella. Para las actividades programadas en el marco de la exposición, se invitó a varias universidades —entre las que figura la Universidad de San Marcos—, así como a la Escuela de Ingenieros, El Ateneo, la Sociedad de Agricultura y Minería, la Sociedad de Amantes de la Ciencia, la Sociedad Literaria de Arequipa y Tacna. Véase Bedoya (2016, 172).

contraba necesaria la presentación de “objetos de la época incásica”. Argumentaba que estos debían estar en la Exposición “no con el fin de que el Perú sea debidamente representado con ellos sino para demostrar que no se olvida el grandioso hecho que se conmemora con el descubrimiento de América y que al Perú le es común con España”.⁷ En este contexto de intercambios diplomáticos, los objetos precolombinos no se presentaron para obtener un estatuto de testimonios científicos, sino para ser apreciados como un acontecimiento cívico diplomático: la conmemoración de la conquista. Además, en aras de obtener favores por parte de España, la justificación de los objetos en el escaparate nacional era evidenciar el “no desmentido orgullo español” que había dado paso a la llamada civilización hispánica en esas tierras. El mismo Pedro del Solar, político y diplomático de la época, consideraba necesaria la participación para “alcanzar algo favorable en las cuestiones que resuelven sobre nuestros límites con Ecuador” y conmemorar la fiesta universal como un lazo entre las naciones.⁸



Fig. 1: Fotografía anónima, 1892, “Perú, Dinamarca y España”. Exposición Histórico-Americana de Madrid, 1892. Biblioteca Nacional de España (fotografía, <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000010740>).

⁷ AMRREE, Lima, Ministerio de Relaciones Exteriores, Caja 369, Carpeta 9, Código 2-0, Lima, 15 de julio de 1892, f. 75.

⁸ Tal problema limítrofe correspondía a una franja de terreno entre Tumbes y Zarumilla, en la parte occidental, y en la parte oriental desde Chinchipe al Maraón, cerca de la boca del río Pastaza, pa-

En una comunicación del Ministerio del Interior del Perú enviada el 20 de junio de 1892, se puso a consideración una propuesta presentada por el artista y escultor de origen mallorquín, Lorenzo Rosselló, la cual analizaremos en detalle.⁹ En esta misiva se describía un conjunto de esculturas conmemorativas que sería parte del escaparate nacional del Perú. Dicha propuesta fue aceptada por el gobierno por un monto de 200 libras esterlinas. La propuesta de Rosselló consistía en elaborar “dos tipos de raza indígena” dispuestos como piezas centrales en todo un complejo escultórico. Ambos personajes serían reproducidos en yeso y se convertirían en la infraestructura artística que daba la bienvenida a los visitantes de la exhibición peruana.

Empecemos por presentar la disposición de este conjunto escultórico desde dos perspectivas. En primer lugar, la escultura de Roselló fue ubicada encima de las vitrinas hexagonales que contenían piezas arqueológicas, aquellas que modestamente había conseguido Perú para la exposición. Recordemos que el gobierno organizó una colecta pública para recuperar y enviar algunos vestigios precolombinos “incas”, estos últimos tratados de manera bastante genérica. En una comunicación fechada el 5 de septiembre de 1892 en Lima, el Ministerio de Gobierno y Policía notificaba al ministro de Estado en el despacho de Relaciones Exteriores que, “en el vapor que sale mañana del Callao será remitida la colección de objetos incásicos que el Gobierno ha comprado para la Exposición de Madrid. Dicha colección se ha acondicionado convenientemente en tres cajones y se han pagado los fletes y seguro marítimo”.¹⁰

Para entender el flujo de estos objetos a Europa es importante revisar el copioso número de colecciones que salieron del Perú a museos tanto del viejo continente como de Estados Unidos en el último cuarto del siglo XIX. Los investigadores Tello y Mejía recopilaron hacia 1967 los datos sobre el tráfico de estos objetos en aquellas décadas, y determinaron que existieron muchas colecciones privadas que salieron “casi en su totalidad” a países extranjeros como fue el caso de la de Macedo, vendida en 1886 al Museo Etnográfico de Berlín; la de Garcés, procedente de Puno, que es adquirida en 1889 por Adolfo Bandelier para el Museo de Historia Natural de Nueva York; la de Emilio Montes, del Cuzco, que es vendida en 1893 al Museo de Historia Natural de

sando por el Curaray para bajar hasta la desembocadura del río Napo y descendiendo hasta la boca del Payaguas. Véase, Sampedro (1982, 53). Para resolver el diferendo entre ambas partes se suscribió, el 2 de mayo de 1890, el Tratado Herrera-García, firmado por los plenipotenciarios Pablo Herrera, por parte del Ecuador, y Arturo García por el Perú. Sin embargo, el acuerdo, aunque justificado por Cáceres, no fue aprobado por el Congreso peruano, ya que grandes zonas de la Amazonía se cedían al país vecino del norte. Esta situación acarreó un nuevo conflicto de límites que debía resolverse bajo la figura del arbitraje español. Véase Bedoya (2016, 124-125); AMRREE, Lima, Caja 360, Carpeta 2, Código 5-13, Oficio 21, Madrid, 6 de noviembre de 1891.

⁹ Lorenzo Rosselló nace en 1867 y muere en Mallorca en 1901. Se inicia en la escultura en mármol en Lima en el taller de su padre. Su familia emigró al Perú a partir de 1870. Se asienta como artista en 1893 en París. Para un estudio más amplio de la producción de este artista, véase Cantarellas (2014, 9-28).

¹⁰ AMRREE, Lima, Comunicaciones del Ministerio de Relaciones Exteriores, Caja 369, Carpeta 9, Código 2-0, f. 98, Lima, 5 de septiembre de 1892.

Chicago; la de Rocha, de Tiahuanaco, que ingresa a Lima en 1896; la de Bolívar Block, proveniente de Trujillo y de Pachacámac, vendida a Alemania en 1897; la de Max Uhle, procedente de Copacabana, Tiahuanaco y Titicaca, llevada a Berlín en 1895; la de Pfeiffer, reunida en 1903 y llevada a Alemania; entre otras (Tello y Mejía 1967, 49). En términos generales, los objetos peruanos deambulaban ampliamente por Europa y concitaban un interés generalizado. De ahí que su consecución para la Exposición aparezca como un hecho bastante común para la época.

En segundo lugar, el conjunto escultórico de Roselló estuvo dispuesto encima de esta vitrina para que pudiera ser visto por todos en cualquier punto. La disposición y orden de los elementos cuentan una historia, como una superposición de dos capas: un pasado en vitrina en donde lo inca –no existe diferenciación de los restos– simboliza la civilización muerta y la nueva surge gracias a la conquista. Cuando Roselló envió la comunicación con el boceto de la escultura, se encargó de explicar las imágenes que había confeccionado para representar el fenómeno de la conquista. En ellas, Roselló “imaginaba” –en la carta original dice “he imaginado”– un grupo de personas que pudieran dar cuenta con la “mayor fidelidad histórica a dos tipos de la raza indígena (hombre y mujer)” para hacer entender a los visitantes la “idea de la conquista política y religiosa del Perú por los españoles”.¹¹ Recordemos el sentido de “libro” con el cual fue concebida originalmente esta exposición. En estas figuras se desplegaban una serie de sentidos de dicha conquista ligados al papel que los sujetos y los objetos cumplían en el relato.

El artista, “representa á una india a cuyos pies han caído la rueca y el huso con que poco antes hilaba”; allí, su amante llega “sobre unos trofeos que caracterizan la civilización europea, y que él había traído poco antes” y ella solo mira con suma curiosidad aquello que trae. El indígena hombre trae en “la mano derecha una cruz y un pergamino que simbolizan el advenimiento de la civilización nueva y en la mano izquierda un arco y una huaca rotos, que simbolizan la destrucción de la civilización de los incas”.¹² Para Roselló, el choque civilizatorio se asienta en la dualidad hombre/mujer que acompaña su relato. La mujer indígena, yacente en el suelo, aparece como el sujeto ingenuo y anhelante de la escena, en tanto no logra descifrar el significado de las cosas que trae su amante. De igual forma, el “advenimiento de la civilización nueva” aparece como un “trofeo”, un “regalo” que la mujer *recibe*. Los objetos que antes usaba para tejer yacen en el suelo, como un despojo, como una huella del pasado que contrasta con la figura masculina quien es la dadora de estos dones hispánicos.

La mujer es entonces la depositaria de estas cualidades y a su vez, la representación de aquello que se ha vencido. Su posición de postración, sus objetos, aquellas cosas que ha dejado son, sin duda, sus orígenes indígenas, y abrigar la civilización es renunciar a ellos.

¹¹ AMRREE, Lima, Sección Ministerio de Gobierno, Policía y Obras públicas, Caja 369, Carpeta 9, Código 2-0, 20 de junio de 1892, ff. 67-68.

¹² AMRREE, Lima, Sección Ministerio de Gobierno, Policía y Obras públicas, Caja 369, Carpeta 9, Código 2-0, 20 de junio de 1892, ff. 67-68.

Así, el lenguaje escrito indescifrable para ella, que se visibiliza en la letra y el pergamino, la cruz y la religiosidad, así como los títulos del monarca que “descubre” los territorios, eran vistos como los lugares predilectos de esta empresa civilizatoria. Es interesante cómo Roselló elabora un relato masculino en el que la mujer se destaca por su cualidad de la “inclinación religiosa”; por eso la mujer “obedece” un estímulo natural de su sorpresa.¹³

Lo indígena en este relato es femenino, representa lo receptor y lo pasivo. La civilización, por su parte, es masculina, dotada de la acción y las “bondades” venidas con la conquista. Esta experiencia performática de la historia simboliza y convierte al imaginario en potencia, toda vez que su poder radica en la conversión a creencia-verdad, norma de comportamiento o fuente de moral (Godelier 1998, 52). Como lo señala la historiadora Nerea Aresti, la representación de las naciones modernas siempre ha estado dotada de un fuerte contenido de género, en la medida que estas han sido asociadas con hombres que representan el cuerpo político, o con figuras femeninas abstractas y alegóricas (2014, 55-56). Además, más allá de la escala nacional en donde surgen normas de comportamiento de género en una “forma sutil pero eficaz”, aquí la noción de civilización en un espectro espacial más amplio aparece como la depositaria de los mismos, proyectando dichos valores universales (Torres 2014, 89).

La civilización hispánica, masculina y transatlántica es el lugar en donde España puede reafirmar su propia identidad frente a un vasto continente no diferenciado, es decir, América como un “gran abstracto femenino” sin naciones. Así, la conquista representada en el conjunto escultórico como semióforo fue un hecho cívico moral que recibió los elogios de la época al haber sido acreedor de la medalla de oro en la mencionada exposición. Por su parte, en una conferencia titulada “El Perú de los Incas” y dictada por el diplomático peruano Pedro del Solar en el Ateneo de Madrid, el 11 de febrero de 1892, se recogía la recurrente comparación de lo inca con lo europeo o con civilizaciones “famosas” como la egipcia o la etrusca: todas ellas civilizaciones del pasado. En la conferencia, Del Solar exaltaba la labor de los españoles peninsulares como un “rayo calorífico de civilización europea”. Asimismo, aceptaba “el poderío de la conquista” y señalaba la importancia de la transformación “[...] que hizo de un conjunto de pueblos incultos, una nación civilizada” (Del Solar 1892, 17). La representación de Roselló cargaba con esta particularidad como objeto museográfico predilecto del escaparate de la delegación peruana.

UN INDIO DECORATIVO Y UNA MAQUETA INCAICA EN SALÓN ECUATORIANO DE 1892

El contexto de Ecuador durante el último cuarto del siglo XIX fue particular. Entre 1884 y 1895, los gobiernos ecuatorianos llamados “progresistas” promovieron un tipo

¹³ AMRREE, Lima, Sección Ministerio de Gobierno, Policía y Obras públicas, Caja 369, Carpeta 9, Código 2-0, 20 de junio de 1892, ff. 67-68.

de lealtad católica y de tolerancia política, enmarcada en acciones de tipo educativo y científico, el fortalecimiento de la institucionalidad del Estado, así como de la promoción editorial e investigación en distintos campos. La bonanza de la exportación del cacao o la llamada “pepa de oro” generó una suerte de optimismo por el crecimiento y desarrollo del Ecuador, así como una constante necesidad de mostrar las potencialidades y riquezas del territorio en el exterior. Los “progresistas”, identificados con los periodos presidenciales de José María Plácido Caamaño (1884-1888), Antonio Flores Jijón (1888-1892) y Luis Cordero (1892-1895), fueron piezas clave para concretar el ideal económico de la nación. Estas administraciones se caracterizaron por su alineación con una tendencia católica de orientaciones liberales, a decir de Blanca Muratorio, un “liberalismo moderado y ecléctico” (1994, 167). En este contexto, se publicaron los primeros tomos dedicados a la arqueología ecuatoriana dentro de la *Historia General de la República del Ecuador* escrita por el presbítero Federico González Suárez (Bedoya 2019, 6). Estos libros fueron presentados en el contexto de las conmemoraciones del “descubrimiento” de América.

Como preparativo del evento de Madrid, el Estado ecuatoriano ordenó recoger una serie de objetos que serían mostrados como representación del país en las Exposiciones Universales de Madrid y Chicago entre 1892 y 1893. La Junta Central creada para la organización de la Exposición de Madrid de 1892 surgió primero como ente de gestión de la Exposición Nacional de 1891, evento preparatorio, bajo la presidencia de Antonio Flores Jijón. Conforme con el estatuto, todas las obras que se presentaran en la feria local serían destinadas a estas exposiciones internacionales (*Estatutos y programa para la Exposición Nacional* 1891). Leónidas Pallares Arteta, encargado oficial de dicha Junta, mandó publicar en varios periódicos la solicitud de recolección de objetos precolombinos destinados a estas exposiciones, eso sí, poniendo un énfasis principal en aquellos vestigios incásicos. De hecho, el informe de Pallares del 17 de mayo de 1892 señalaba la consecución de maquetas de madera en escala de Ingapirca y vistas fotográficas de las ruinas incas en Ecuador, como las de Culebrillas, Paredones, entre otras (*Informe del Ministro* 1892).

Desde el país viajaron varias colecciones privadas hacia el evento de Madrid. Entre las más relevantes estaban la del ex presidente Antonio Flores Jijón y las de sus hijas Elvira y Leonor. Junto con estos repositorios se encontraban también los objetos de José María Lasso y F. Durán y Rivas, cónsul y vicedcónsul de España en Quito y Guayaquil, respectivamente. También varios acervos pequeños de Emilio Uquillas y Santiago Basurco, así como algunos objetos presentados por F. Liñán, Celiano Monge, González Suárez, Teodoro Wolf, Aurelio Cañadas y por la Municipalidad de Ibarra.¹⁴

Un testigo de época, Narciso Sentenach, quien relató desde Madrid su experiencia en dicho evento, describía el escaparate ecuatoriano y lo dividía en dos “distintos” tipos

¹⁴ En su mayoría, los objetos eran hachas, vasijas, figurinas, algunas fotografías de sitios arqueológicos y artefactos etnográficos del oriente ecuatoriano (*Catálogo General de la Exposición* 1893).



Fig. 2: Fotógrafo anónimo, 1892, sin título, Exposición Histórico-Americana de Madrid, 1892, Archivo Museo de América. Madrid, España (fotografía de la autora).

de objetos.¹⁵ Por un lado, hacía mención de aquellos vestigios precolombinos que correspondían “al momento más brillante de la cultura antigua del país” ubicada en las montañas. Por otro, hacía mención de los indígenas del Oriente, por quienes “no ha pasado el genio impulsor del progreso”.¹⁶ Esta distinción muestra una relación afinada en la geografía, para Sentenach, siempre más “salvaje” en las vertientes orientales asociadas a la selva.

El monumento histórico incaico, Ingapirca, estuvo representado en una maqueta de madera dispuesta atrás de la escultura principal. Curiosamente, esta se encontraba acompañada de diversas piezas arqueológicas que fueron admiradas por sus líneas “casi” griegas y por su “ornamentación geométrica”.¹⁷ Con poca o casi ninguna información de estos objetos —como puede verse en este testimonio y en el informe de los organizadores— la observación de los mismos apelaba a su despliegue estético, y lograba que la escenificación museográfica del pasado fuera contemplativa y de un reconocimiento universal, en tanto que era comparable a los hitos monumentales de la historia antigua. El propio Pallares Arteta, en su informe del 17 de mayo de 1892 al presidente de la República, señalaba la importancia de haber llevado “dos grandes ánforas pintadas de colores, un mortero de piedra verdosa, primorosamente tallado, y cinco figuras de piedra, excavadas en San Pablo”, ya que estas antigüedades eran, para el diplomático, similares a las yacentes en las “necrópolis egipcias” (*Informe del Ministro* 1892, 1).

¹⁵ Narciso Sentenach, “La Exposición Histórico-Americana. Ecuador-Perú-Bolivia”, *La Ilustración Española y Americana*, n.º. 35, año XXXVII (abril 1893), 89.

¹⁶ Sentenach, “La Exposición”, 289.

¹⁷ Sentenach, “La Exposición”, 289.

En el escaparate ecuatoriano, la maqueta de Ingapirca y los objetos precolombinos estaban dispuestos para contar y contemplar ese pasado glorioso de las culturas de Ecuador. No obstante, es interesante cómo en esa línea del tiempo y en el relato de Sentenach, se visualiza también un presente para las “tribus” del Oriente.¹⁸ Para este testigo, los llamados “jíbaros” tenían la tendencia a “exonarse con todo vistoso objeto que la naturaleza les proporciona”, lo que demostraba su interés por la “gala y el lujo” representados por esos objetos pertenecientes al mundo de lo “natural”: plumas, caracoles, conchas, semillas y dientes de animales. En el informe mencionado, Pallares Arteta consideraba que los pobladores de esta zona selvática conservaban “hábitos primitivos” y que, aunque guardaban relación con los incas, sus indumentarias lucían “pintorescas”, es decir, podían funcionar como un tipo de “decoración” para la confección de la escenografía museográfica (*Informe del Ministro* 1892, 1-2).¹⁹

El nexo del vestuario con su lugar de procedencia (la Amazonia) da cuenta de una forma de mirar este espacio geográfico en particular. Su representación como un “lugar deshabitado” en el cual se encontraban “tribus salvajes” aisladas y cuyas “prácticas culturales ratificaban su condición primitiva”, los ubica en un presente que a la vez representa un pasado primitivo de la humanidad, un pasado que solo podría intervenir o acogerse desde la lógica del progreso que representa la mirada de un futuro deseado (Guarín Martínez 2012, 166).²⁰ Siguiendo a Bartra podríamos decir que “el mito del hombre salvaje es un contrapunteo entre la cultura y la naturaleza”, desde una concepción moderna que separa ambas instancias para construir su propio *logos* civilizador del mundo (Bartra 1992, 192).

En términos de Rancière, este ejercicio puede ser descrito como una “contemplación de la apariencia”. Después de todo, “lo que el hombre contempla en el espectáculo es la actividad que le ha sido sustraída, es su propia esencia, convertida en algo ajeno, vuelta contra él, organizadora de un mundo colectivo cuya realidad es la de este desposeimiento” (Rancière 2010, 14). Así, estas representaciones del Otro no solo crean una “apariencia del mundo”, en donde se presenta a las colonias “petrificadas en estáticas imágenes”, sino que también son articuladas a una exhibición racista que muestra cómo las perspectivas ultramarinas civilizatorias van configurando una alteridad. Estos procesos de diferenciación eran posibles gracias a “[...] esquemas perceptivos ante la otredad [que] se construían siempre desde el prisma cultural y simbólico de lo propio

¹⁸ En mi disertación doctoral compartí algunas reflexiones en torno a la construcción de este escaparate de Ecuador, así como el interés por lo incaico y lo exótico. Véase Bedoya (2016, 131-138).

¹⁹ En la experiencia curatorial compartida con mi colega Lucía Durán en la muestra *Desmarcados: indigenismo, arte y política, 1917-2017*, exploramos la posibilidad de pensar desde los objetos con los cuales estaban representados estos personajes, por ejemplo, la pluma, mostrando una suerte de genealogía de estas construcciones visuales. Estas reflexiones se condensaron en el texto curatorial inédito de la exposición en mención. Véase Bedoya y Durán (2017).

²⁰ Para una genealogía del concepto salvaje es necesario revisar el trabajo de Roger Bartra en donde postula algunas claves para entender que el “salvaje existe solo como mito”. Un mito de largo alcance que pertenece a la concepción civilizadora de las sociedades europeas. Véase Bartra (1992, 190).

y [según el cual], cada desviación se entendía y se tildaba como una anomalía” (López Ocón 2002, 106; Hering Torres 2010, 42). Esta “anomalía” o “extrañeza” por distancia opera en el escaparate como lo “decorativo”, “exótico” y “atractivo”; es el deseo de mirar una diferencia configurada desde la experiencia museográfica.

Este indio decorativo cumple un peculiar rol en la exhibición: muestra el imaginario racista de la época, o como bien lo menciona Max Hering Torres, logra que este racismo conserve su funcionalidad excluyente para mantener el poder en las relaciones sociales determinadas por los legados de la esclavitud, los procesos de industrialización, la desigualdad económica y el imperialismo. De acuerdo con Hering, “divulgar la supuesta condición inferior del indígena, del africano y del asiático permitía legitimar su conquista y explotación sin crear paradojas éticas con la moral de Occidente” (Hering Torres 2010, 51). Cabe destacar que el interés por la Amazonia y sus riquezas estuvo presente durante la segunda mitad del siglo XIX. Desde el gobierno conservador de Gabriel García Moreno ya existía una fuerte preocupación por estas poblaciones orientales; preocupación que estaba acorde con los intereses económicos y de explotación de recursos –como el auge cauchero de la época– en dicho espacio geográfico.



Fig. 3: Fotografía anónima, 1892, “Instalación del Ecuador”, Exposición Histórico-Americana de Madrid, 1892, Biblioteca Nacional de España (fotografía, <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000010740>).

Según la historiadora Natalia Esvertit, el proyecto de gobierno de García Moreno y el de Antonio Flores, posteriormente, fue “recurrir básicamente a las misiones católicas como instrumento fundamental para lograr el control del espacio selvático y sus habitantes” (Esvertit 2001, 546). Por ello, se acudió a estas misiones civilizatorias en las que se presentaba a los indígenas como “salvajes, débiles e inútiles”, construyendo “estrategias de tutelaje” que incluían muchas veces una “instrucción católica y cívica como la inserción en el mundo del trabajo” (Pérez 2012, 313). En suma, estos procesos de ciudadanía desde las misiones, estuvieron cargados de una marca civilizatoria ceñida a los valores que Occidente creaba sobre estas poblaciones.

CONEXIONES: DEL FIRMAMENTO CATÓLICO A LOS LÍMITES TERRITORIALES

Podemos localizar dos conexiones relevantes a partir de estas dos experiencias representacionales de 1892. En primer lugar, la recurrencia en el contexto discursivo de la época sobre lo civilizatorio como cristianización, empata con la promoción del panhispanismo peninsular y con el sostenimiento de proyectos conservadores locales. Por ejemplo, en una velada literaria realizada en conmemoración al 12 de octubre de 1892 en Quito, Luis Cordero, en aquel entonces presidente del Ecuador, hacía un repaso del viaje de Colón hacia América. En su discurso presentaba a este marinero como un hombre localizado entre la fe y la ciencia que desprendía su mirada de la tierra al “levantarla á los astros del firmamento, para que ellos le designasen el rumbo, ya que el Cielo le imponía la misión”. Así, Cordero destacaba a Colón como una “¡Radiante estrella del firmamento católico!” quien había dejado el germen de la civilización cristiana en América (Cordero 1892, 2-3). Este paralelo de la civilización con lo católico también la podemos ver en la concepción escultórica que promocionó Lorenzo Roselló, en la que se representa la cruz cristiana como uno de los motivos centrales y ejes primordiales de la idea civilizatoria universal.

Esta conmemoración del cristianismo transatlántico dentro del proceso de civilización fue aceptada por ambos países en el hecho museal y en los discursos de época. La operación representacional muestra la necesidad de reconocimiento internacional como naciones de fe hispanas. Particularmente, para el caso de Ecuador, la celebración fue recogida en algunas publicaciones periódicas en las que se destacaba la participación de la iglesia en este hecho, tal y como se muestra en una noticia de la época que mencionaba lo siguiente: “ordenamos pues, que en nuestra Catedral, en todas las Iglesias de las Ordenes regulares, y en las parroquiales, se cante el día doce de Octubre próximo, la misa de la solemne Santísima Trinidad” (*El Industrial* 1892, 4); según esta misma nota, la celebración había sido dispuesta por el propio papa León XIII.

Durante el pontificado leonino –que coincide con esta celebración– la iglesia estuvo a cargo de ciertas estrategias y acciones de tipo diplomático en el panorama interna-

cional,²¹ así como de la inserción efectiva de las misiones religiosas en distintos puntos del planeta.²² Según Pilar García Jordán, durante este papado, el papel de la Iglesia tuvo una resonancia internacional. Así, esta institución fomentó “la reunión de los episcopados nacionales en asambleas periódicas con el objetivo de elaborar la estrategia a adoptar frente al poder político y la sociedad, en defensa de la institución eclesial y la ideología católica”. Igualmente, se buscaba estimular las formas de asociatividad entre los católicos, lo que llevó a la Iglesia a impulsar la formación de asociaciones o partidos políticos que funcionaran como “órganos paraeclesiales y, previa aceptación del juego parlamentario, que pudieran ocupar los poderes del estado –legislativo y ejecutivo– para defender los intereses católicos” (García Jordán 1991, 305). En este sentido, la conmemoración de los cuatrocientos años en 1892 se convirtió en un punto clave de interés para la promoción del credo religioso y moral en la cultura nacional de los países hispanohablantes, frente a los embates del liberalismo: Colón era entonces civilizador, unificador y católico que se habría amparado en la ciencia para lograr la conquista.

En segundo lugar, en la conmemoración y puesta en escena de estos escaparates existe una labor de la política-diplomática que busca representar, más que una diferencia cultural entre naciones por medio de objetos del pasado, un nexo que permitía obtener ciertos favores y gracias de su organizador, en este caso, España. La nación proyectada hacia afuera era contingente y se movilizaba en acciones simbólico-culturales que deambulaban entre agasajos, regalos y complacencias. En una comunicación de Pedro del Solar desde la legación del Perú en Madrid, este se quejaba amargamente de la lentitud en los trámites en su país para la organización de la exposición de 1892. Según Del Solar, esta era la oportunidad de negociar beneficios para el Perú en asuntos limítrofes con el Ecuador, al tener el visto bueno de uno de los políticos más influyentes de la escena como Antonio Cánovas Castillo, presidente del Consejo de Ministros en España en aquel entonces.

El incario se constituía simbólicamente en un centro de atención, junto con México, de lo que se podían concebir como civilizaciones indígenas del pasado. Esta situación ponía al Perú en un lugar de relevancia, por lo cual Pedro del Solar consideraba que era “conveniente no perderla”.²³ Por ello, en su misiva señalaba que entre los rumores que circulaban en la Corte española se decía que, respecto a España, “El Perú nada hace por nosotros, en el Centenario y el Ecuador se prepara á complacernos”.²⁴

²¹ Podemos mencionar algunas, entre las que se destaca la mediación realizada entre el imperio prusiano de Bismarck y España por el caso de las Islas Carolinas en 1885. Además, en las últimas décadas del siglo existió un interés creciente en Asia, y particularmente en China. Su plan era generar una religión de tintes universales, en donde Roma fuera su centro, “La Roma nostra” (Martínez 1992, 283).

²² Sobre el tema de las misiones, en particular las referidas a los territorios amazónicos de los países andinos, véase los trabajos de Natalia Esvertit (2008) y Pilar García Jordán (2001, 2010).

²³ AMRREE, Lima, Ministerio de Relaciones Exteriores, Caja 373, Carpeta 2, Código 5-13, Oficio 13, Madrid, 21 de marzo de 1892, f. 19.

²⁴ AMRREE, Lima, Ministerio de Relaciones Exteriores, Caja 373, Carpeta 2, Código 5-13, Oficio 13, Madrid, 21 de marzo de 1892, f. 19.

En estas negociaciones, el pasado y sus objetos precolombinos, así como los conjuntos escultóricos de carácter histórico como el de Roselló, se ajustaban a las necesidades que surgían en torno a la acción celebratoria y al gesto halagador o zalamero. Para el mes de enero de 1893, la legación peruana regaló los objetos presentados en la exposición de 1892 al gobierno español y a la reina regente, quien los recibió con gran beneplácito como muestra de los “lazos de amor” por la conmemoración de un hecho que se recordaría “con gratitud en los tiempos venideros”.²⁵ En suma, la exposición se convertiría en un escenario de múltiples negociaciones y tensiones que muchas veces no hablaban tanto del pasado, o de los incas, o de las civilizaciones “muertas” en sí, como de la necesidad de que ese pasado fuera útil para un presente ideológico y panhispanista en particular, así como para su proyección futura en el universo discursivo colonial de las naciones americanas.

CONCLUSIONES

Hemos considerado a la Exposición Histórico-Americana de Madrid (1892) como un hecho museal constituido como lugar de construcción de una política de la memoria, anclado a las perspectivas de pensamiento e imaginarios que circulaban sobre las distintas poblaciones. Por un lado, nos encontramos con la confección del conjunto escultórico Roselló y cómo este, a manera de libro de historia en escena, representaba la relación dicotómica hombre/mujer en el hecho de la conquista. La feminización de lo indígena, o la generación de un arquetipo de ciertas cualidades para la movilización de la representación, da cuenta de la manera en que se erige su opuesto positivado: el ejercicio de la conquista y el arquetipo masculino. Civilizar es un proceso de recibir un don, de receptor una religión y una lengua. El receptor es femenino, así como el origen indígena lo es de igual manera. Ambos son entes pasivos. Si retomamos la idea de los “semióforos” como actos comunicativos, esta experiencia museal construye estas representaciones y las hace vivenciales por su misma cualidad escenográfica y estatuaría.

Por otro lado, el indígena decorativo de la delegación ecuatoriana representa a un salvaje como elemento decorativo en un plano central de la confección del escaparate. Su lugar da cuenta de cómo operaba el racismo en tanto forma excluyente y justificadora de las relaciones de poder: la civilización es una posibilidad, pero a la vez necesita de un espectáculo. El indígena que decora la sala no solo es un sujeto apropiado por el Estado ecuatoriano para sus intereses particulares sobre la Amazonia. Es, además, el imaginario confirmado de las poblaciones que habitan esa región del mundo. No solo representa a las “tribus exóticas o salvajes”, sino que atrae desde el deseo de la mirada al público europeo sobre lo exótico; da cuenta del mismo territorio a descubrir, el ecuatoriano. La maqueta de un monumento histórico muestra ese pasado que se ubica

²⁵ AMRREE, Lima, Ministerio de Relaciones Exteriores, Caja 373, Carpeta 2, Código 5-13, Oficio 13, Madrid, 10 de enero de 1893, ff. 3-4.

en una línea anterior en el tiempo, de civilizaciones muertas que no empatan con los indígenas de aquel presente. Su existencia está dada por la posibilidad de pensarse en esta monumentalidad “casi” griega, seguramente cercana a las necrópolis egipcias, no desde el dato científico, sino desde el deseo de contemplación de estos escenarios en un sentido de valor igualable a los “valores universales” construidos para el pasado.

Quedan varios interrogantes abiertos que quizá no hemos podido responder a profundidad, pero que seguramente abren el camino para futuros trabajos. Es indispensable ir pensando, por ejemplo, qué papel jugó la iglesia en la organización de este evento —o similares— tanto en España como en América; qué diferencias podemos localizar en cada contexto o cómo podríamos entender la construcción de culturas nacionales dentro de estas dinámicas. También sería necesario comprender el rol de las diplomacias ligadas al plano cultural en la consecución de beneficios limítrofes particulares. En todos estos escenarios, el pasado no solo fue un lugar de contemplación o celebración nacionalista, sino también de negociación, asimilación y disputa simbólica en distintas escalas.

Este trabajo ha sido tan solo un punto de entrada al análisis de los usos del pasado desplegados en ejercicios museográficos durante contextos conmemorativos como el del centenario de 1892. Quizás en el contexto contemporáneo de fuerte movilización social crítica frente a las representaciones monumentales coloniales en espacio público, esta investigación académica pueda aportar al análisis y a la discusión de cómo entender la configuración de estos restos celebrativos más allá de una consideración meramente patrimonial y nacionalista de los mismos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aresti, Nerea. 2014. “A la nación por la masculinidad. Una mirada de género a la crisis del 98”. En *Feminidades y masculinidades*, editado por Mary Nash, 47-74. Madrid: Alianza.
- Bartra, Roger. 1992. *El salvaje en el espejo*. Ciudad de México: UNAM.
- Basadre, Jorge. 1983. *Historia de la República del Perú, 1822-1933*. Tomo V. Lima: Editorial Universitaria.
- Brading, David. 2006. “Patria e historia: tríptico peruano”. En *Visión y símbolos. Del virreinato criollo a la república peruana*, editado por Ramón Mujica Pinilla et al., 1-42. Lima: Banco de Crédito.
- Bedoya, María Elena. 2016. *Antigüedades y nación. Prácticas del coleccionismo, agencia intelectual y sociabilidades científicas historias cruzadas desde la región andina (1890-1920)*. Tesis Doctoral. Barcelona: Universidad de Barcelona.
- 2019. “Museum, Archaeology and Nation: González Suárez and Sociedad de Estudios Históricos Americanos in the Early Twentieth-Century Ecuador”. *Museum History Journal* 12, n° 1: 93-107. DOI: 10.1080/19369816.2019.1613609.
- Cantarellas, Catalina. 2014. “Lorenzo Rosselló (Mallorca 1867-1901). Un escultor en el tránsito de fin de siglo”. *Liño. Revista Anual de Historia del Arte*, n° 20: 9-28.
- Catálogo General de la Exposición Histórico-Americana de Madrid*. 1893. Madrid: Estudio Tipográfico “Sucesores de Rivadeneira”.

- Congreso Internacional de Americanistas: Actas de la novena reunión, Huelva 1892*. 1894. Madrid: Tipografía de los hijos de M. G. Hernández.
- Cordero, Luis. 1892. *Alocución de Luis Cordero, en la velada literaria del 12 de octubre de 1892 conmemorativa del descubrimiento de América*. Quito: Imprenta del Gobierno.
- Cuarto centenario del descubrimiento de América. Plano de la Exposición Histórico-Americana de Madrid*. 1892. Madrid.
- Del Solar, Pedro. 1892. *El Perú de los Incas*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra.
- Drinot, Paulo. 2003. "Perú, 1884-1930: ¿un pobre sentado en un banco de oro?". En *La era de las exportaciones latinoamericanas de fines del siglo XIX a principios del XX*, editado por Enrique Cárdenas, José Antonio Ocampo y Rosemary Thorp, 203-258. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Earle, Rebecca. 2007. *The Return of the Native: Indians and Myth-Making in Spanish America, 1810-1930*. Durham/London: Duke University Press.
- El Industrial. Eco de los intereses de toda la clase trabajadora del Ecuador*. 1892. Quito: Imprenta de Sanz.
- Estatutos y programa para la Exposición Nacional que tendrá lugar el 9 de diciembre de 1891. Protegida por S. E. el presidente de la república y patrocinada por la municipalidad*. 1891. Quito: Imprenta del Clero.
- Esvertit, Natalia. 2008. *La incipiente provincia. Amazonía y Estado ecuatoriano en el siglo XIX*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.
- 2001. "Los imaginarios tradicionales sobre el Oriente ecuatoriano". *Revista de Indias* 61, n° 223: 541-571.
- Fiestas cívicas en la celebración del 4to. Centenario del Descubrimiento de América organizadas por el Honorable Concejo Provincial de Lima. El día 12 de Octubre de 1892. Presididas por el Teniente Alcalde Sr. D. Pedro Villavicencio*. 1892. Lima: Imprenta Torres Aguirre.
- García Jordán, Pilar. 1991. *Iglesia y poder en el Perú contemporáneo 1821-1919*. Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos "Bartolomé de las Casas".
- 1998. *Fronteras, colonización y mano de obra indígena en la Amazonía Andina en los siglos XIX y XX. La construcción del espacio socio-económico amazónico en el Ecuador, Perú y Bolivia (1795-1948)*. Lima/Barcelona: PUCP/Universidad de Barcelona.
- 2001. *Cruz y arado, fusiles y discursos: la construcción de los Orientes en el Perú y Bolivia, 1820-1940*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Godelier, Maurice. 1998. *El enigma del don*. Barcelona: Paidós.
- González Stephan, Beatriz y Jens Andermann, eds. 2006. *Galerías del progreso. Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Guarín, Óscar. 2012. "La Amazonia en sus imaginarios cinematográficos: 1914-1955. Apuntes preliminares". En *Historia cultural desde Colombia. Categorías y debates*, editado por Max Hering Torres y Amada Carolina Pérez, 165-192. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia/Pontificia Universidad Javeriana/Universidad de los Andes.
- Informe del Ministro del Interior y Relaciones Exteriores al Congreso Ordinario de 1892*. 1892. Quito: Imprenta del Gobierno.
- Hering Torres, Max. 2010. "'Raza'. Variables históricas". En *Historias de raza y nación en América Latina*, editado por Claudia Leal y Carl Langebaek, 31-62. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Klaren, Peter. 2013. *Nación y sociedad en la historia del Perú*. Lima: IEP.
- Maignashca, Juan. 1994. "El proceso de integración nacional en el Ecuador: el rol del poder central, 1830-1895". En *Historia y región en el Ecuador*, editado por Juan Maignashca, 355-422. Quito: FLACSO/CEN.

- Martínez, Rosa María. 1992. *La Iglesia Católica en la América Independiente. Siglo XIX*. Madrid: Mapfre.
- Morales, Luis Gerardo. 2009. “Límites narrativos de los museos de historia”. *Alteridades* 19, n° 37: 43-56.
- 2002. “De la historia cultural como objeto signo”. En *Producciones de sentido. El uso de las fuentes en la historia cultural*, editado por Valentina Torres-Septién, 119-131. Ciudad de México: Proyecto Conacyt/UIA.
- Muñoz, Carmen Cecilia. 2012. *¿Cómo representar los orígenes de una nación civilizada? Colombia en la Exposición-Histórico Americana de Madrid*. Cali: Universidad del Valle.
- 2013. “Imaginario nacional en la Exposición Histórico-Americana en Madrid, 1892. Hispanismo y pasado prehispánico”. *Iberoamericana* XIII, n° 50: 101-118.
- Quiñones, Leticia. 2007. *El Perú en la vitrina. El progreso material a través de las exposiciones (1851-1893)*. Lima: Universidad Nacional de Ingeniería.
- Muratorio, Blanca. 1994. “Nación identidad y etnicidad: imágenes de los indios ecuatorianos y sus imagineros a fines del siglo XIX”. En *Imágenes e imagineros: representaciones de los indígenas ecuatorianos siglo XIX y XX*, editado por Blanca Muratorio, 109-196. Quito: FLACSO.
- López Ocón, Leoncio, 2002. “La América Latina en el escenario de las Exposiciones Universales del siglo XIX”. *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, n° 18: 103-126.
- Pérez, Amada Carolina. 2012. “Representaciones y prácticas en las zonas de misión: los informes de los frailes capuchinos”. En *Historia cultural desde Colombia. Categorías y debates*, editado por Max Hering Torres y Amada Carolina Pérez, 287-316. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia/Pontificia Universidad Javeriana/Universidad de los Andes.
- Pomian, Kryztof. 2010. *Historia cultural, historia de los semióforos*. Xalapa: Al Fin Liebre Editores.
- Ramírez, Dení. 2009. “La Exposición Histórico-Americana de Madrid de 1892 y la ausencia de México”. *Revista de Indias* LXIX, n° 246: 273-306.
- Rancière, Jacques. 2010. *El espectador emancipado*. Madrid: Ellago Ensayo.
- Rodrigo, Javier. 2017. *La Exposición Histórico, Natural y Etnográfica de 1893*. Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.
- Sepúlveda, Isidro. 2005. *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*. Madrid: Marcial Pons.
- Schuster, Sven. 2018. “The World’s Fairs as Spaces of Global Knowledge: Latin American Archaeology and Anthropology in the Age of Exhibitions”. *Journal of Global History* 13, n° 1: 69-93. DOI 10.1017/S1740022817000298.
- Tello, Julio C. y M. Toribio Mejía. 1967. *Historia de los museos nacionales del Perú, 1822-1946*. Lima: Universidad de San Marcos.
- Tenorio Trillo, Mauricio. 1998. *Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Torres, Gema. 2014. “Arquetipos masculinos en el discurso colonial español sobre Marruecos”. En *Feminidades y masculinidades*, editado por Mary Nash, 75-101. Madrid: Alianza.

Recepción: 15.05.2020

Versión reelaborada: 13.11.2020

Aceptación: 14.01.2021